

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Los sonidos del golpe: la experiencia de los niños bajo dictadura militar en Chile.

Nicholls Lopeandía, Nancy.

Cita:

Nicholls Lopeandía, Nancy (2009). *Los sonidos del golpe: la experiencia de los niños bajo dictadura militar en Chile*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1146>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Los sonidos del golpe: la experiencia de los niños bajo dictadura militar en Chile

Nancy Nicholls Lopeandía

El proyecto que da lugar a esta ponencia se basó en la memoria de doce adultos entre 30 y 48 años que accedieron a dar su testimonio sobre su infancia en dictadura, particularmente para el golpe de estado y luego para los convulsionados años '80, escenario de las protestas nacionales.

¿Cómo estaba compuesta la muestra?

Por ser una muestra pequeña, y desde las premisas metodológicas de la historia oral, sólo hemos podido realizar un trabajo exploratorio, levantar hipótesis, formarnos imágenes, indagar en las emociones de nuestros entrevistados. Si bien una de las intenciones iniciales, que parecía un terreno fructífero e interesante de explorar, era llegar a establecer algunos elementos comparativos de cómo vivieron la dictadura niños de clase media y niños de sectores populares, el material testimonial resultó ser tan rico y abundante que ese objetivo habría implicado un trabajo analítico de mayor envergadura, que excedía los límites de esta presentación. Por lo pronto es importante, aunque probablemente evidente, señalar que no fue lo mismo vivir bajo dictadura para los niños de Las Condes que para los del Campamento Nueva La Habana, para ponerlo en términos bien concretos. La mayoría de mis reflexiones estarán basadas en los testimonios de personas que vivieron en sectores populares -lo mismo ocurrirá con las citas presentadas- pero de cuando en cuando habrá referencias a la clase media, dejando el estudio comparativo para otra ocasión.

Se trata de una muestra heterogénea; no se entrevistó gente de sectores socio-económicos altos (ABC1), tampoco gente cuya familia fuera activamente de derecha, pero si hubo hijos de padres demócratacristianos que apoyaron el golpe, o de familias que se declaraban 'apolíticas', lo cual significó apoyo al golpe también. La gran mayoría provenía de familias de izquierda o al menos que apoyaron a Allende, algunas muy comprometidas, otras menos. Una de las motivaciones del proyecto era saber qué pasó con los niños en dictadura que no recibieron represión directa, aquellos que no tuvieron dentro de su familia a un detenido desaparecido, o muerto por la dictadura, pero se incluyeron algunos testimoniantes que si tuvieron experiencias en sus familias de represión directa. Pensamos que era necesario como un

contrapunto. La gran mayoría de los entrevistados vivieron parte o la totalidad de su niñez en Santiago.

¿Qué significó para los niños vivir bajo dictadura?

Los niños de sectores populares sufrieron la indiscriminada y arbitraria represión que se desplegó con suma inmediatez después del golpe. Se trataba de la represión masiva en las poblaciones. El golpe y los años '80 –periodo de las protestas populares- significó la presencia de militares en los pasajes y avenidas de las poblaciones portando metralletas, haciendo rondas nocturnas, sacando a los jóvenes en ropa de interior a la calle para hacerlos formarse y luego dejarlos en libertad, allanando casas, buscando a dirigentes, llevándose algunos y en varios casos haciéndolos desaparecer. Este tipo de acción se enmarcaba dentro los operativos de la dictadura en busca de ‘sospechosos’ muy común con posterioridad al 11 de septiembre de 1973, procedimiento rutinario hasta 1975 en sectores populares, realizados por fuerzas militares o policiales, y luego reeditados bajo el contexto de protestas en 1984 donde amplios sectores de Santiago fueron ocupados por militares por tierra y aire, al amanecer. En el año 1986, esta forma de amedrentar a la población popular se intensificó (Lira, 1991).

¿Cómo se enteraban los niños de la existencia de una dictadura?, ¿Cómo la vivían? ¿Cómo la ‘sentían’? En primer lugar ‘por oídas’, es decir por las conversaciones de los padres o adultos en general que no reparaban en la presencia de los niños cuando conversaban entre ellos. Leonardo tenía ocho años para el golpe, vivía en Quinta Normal y recuerda que se enteraba de lo que ocurría por las conversaciones de los adultos, porque ‘en ese tiempo los niños no existían mucho. Uno estaba por ahí, uno estaba *parando la oreja* siempre. Los adultos no trepidaban en hablar cosas delante de los niños, porque los niños no existen. Si uno escuchaba de todo y eso también impresionaba porque eran muertos, uno se imaginaba, hablaban de muertos en el Mapocho, en las calles...’ (Entrevista a Leonardo Fernández, Santiago, 30 de junio 2008).

Lo sensorial estaba permanentemente presente. Por la noche, los niños escuchaban el ruido de los balazos, el ruido de los militares transitando por las calles de las poblaciones, el ruido de los aviones o de los helicópteros y a eso se agregaba el factor imaginación. Se escuchaba, por lo general no se podía ver: el ocultamiento para proteger. Fue común en

nuestros entrevistados que vivieron en poblaciones para el golpe, que relataran como las ventanas debían ser protegidas con frazadas gruesas, y las luces apagadas; sólo se alumbraban con velas, la familia entera dormía en las piezas interiores, callada; los niños no debían hacer ruido: para evitar las balas, para evitar los allanamientos, para no provocar al militar armado. Lo mismo ocurrió para tiempos de protesta.

Escuchaban pero no veían, no se les permitía; para protegerlos, para evitar el peligro. A veces alguno más osado levantaba la cortina, y lograba ver al militar corriendo con metralleta en mano. Al pedirle a Jenny, que tenía alrededor de 8 años para las protestas, que definiera el periodo de su niñez con un gesto, respondió: ‘taparse la cara’, porque eso era lo que su padre hacía para protegerla de ver experiencias represivas (Entrevista a Jenny Enríquez, Santiago, 25 de agosto 2008).

Para las protestas nacionales, algunos niños participaban de las manifestaciones en horas de la tarde; era en cierto sentido un juego, una liberación de las tensiones, un espacio de catarsis; Salazar y Pinto hablan incluso de ‘fiesta catártica’ (Salazar y Pinto, 1999), un espacio, por contradictorio que parezca, de libertad. Pero otros, debían irse temprano a sus casas e incluso a las camas, entonces quedaba sólo la posibilidad de escuchar. Sobre esas noches María Graciela rememora:

‘Recuerdo que salíamos a tocar las ollas (...) pero después nos íbamos a acostar, pero todo el ruido que había en la calle era como sentir mucha gente gritando, llantos, balas al aire. Recuerdo siempre que sentía que eran muchas personas que estaban sentadas y gritaban *va a caer*, pero mucha gente, no sé, me imaginaba que estaban sentadas (...) esos ruidos siempre me trasladan a esas noches de mucho enfrentamiento, imagínate para un niño en ese lugar y no verlo, entonces te empiezas a imaginar... y (pensaba) que en algún momento iban a entrar al pasaje esas personas, lo sentía lejano, pero que en algún momento iban a arrasar con todo, muy fuerte...’ (Entrevista a María Graciela, Santiago, 3 de julio 2008)

No todos los niños que habitaban poblaciones recibieron explicaciones a sus preguntas sobre lo que pasaba en dictadura; algunos eran demasiado pequeños para entender, para otras familias la comunicación verbal no estaba instalada y por lo tanto tampoco era un recurso en estas situaciones. De ese modo, quedaba un gran espacio llenado con la imaginación. Pero

también hubo experiencia directa, hubo quienes sufrieron allanamientos en sus casas -estando sin sus padres- otros supieron de la desaparición y muerte de un vecino, otros experimentaron la prepotencia humillante de los militares, otros vieron los cadáveres tirados en las calles a una semana del golpe.

La dictadura además se manifestó en pobreza, en la crisis de los '80 que llevó a muchos padres y madres a la cesantía, a los trabajos del PEM y del POJH y a los hijos a mal alimentarse: 'nosotros lo pasamos *super* mal económicamente, en un tiempo estuvimos muy, muy mal, entonces ver que tu mamá no come o porque no hay y teníamos que comer nosotros...' (Entrevista a María Graciela citada)

¿Qué sentían los niños frente a este cúmulo de experiencias negativas?

Es probablemente 'miedo' la palabra más recurrente cuando los entrevistados hablan de sus experiencias bajo dictadura, pero también son recurrentes 'susto, terror, horror, llanto, silenciamiento, angustia, espanto, brutalidad,' pero no debemos olvidar que estas palabras surgen de preguntas concretas sobre el golpe, y el periodo de protestas. No sabemos- y eso daría para otra investigación- que hubiese pasado si no hubiésemos intencionado las preguntas hacia el tema dictatorial en particular sino la infancia en general.

Es, en todo caso, el espanto de Roberto que vivía en Nueva La Habana, cuando oscurecía los primeros días después del golpe y comenzaban los balazos; su miedo era tal que: 'recuerdo que a mi honestamente, me tenían que poner una *pelela*, me espantaba'¹, o el miedo de Claudio que se expresó en gritos cuando los allanaron en la sede del club vecinal de la población José María Caro y los subieron a un bus a él y su papá, sólo para botarlos en el camino unos minutos después ya que 'el detenido andaba con un niño'², o el miedo de María Graciela que vivía en Cerro Navia cuando una mañana en los años '80 estando solo con sus hermanos, los militares allanaron su casa, destruyendo todo, buscando sin dar explicación sobre qué se buscaba, haciendo preguntas sobre sus padres. María Graciela relata:

'Sentí miedo, impotencia porque lo que pasa es que habían muchas historias, decían que robaban la plata, que te pegaban, entonces no sabías como reaccionar y cuánto iba a durar' y agrega: 'lo que siento es que después quedamos solos, no teníamos a los papás

¹ Entrevista a Roberto Jofré, Santiago, 1 de septiembre 2008.

² Entrevista a Claudio Pérez, Santiago, 21 de agosto 2008.

que nos dieron una explicación o que nos pudieran abrazar y (explicar) qué había pasado, fue *super* impactante' (Entrevista a María Graciela citada).

Y es en este punto donde podemos decir que se teje una urdimbre de imágenes, fragmentos de conversaciones adultas e imaginación, que permite de alguna manera a los niños y niñas dar sentido a lo que se está viviendo, que se calibra como algo de gruesa dimensión, como algo pesado, como algo violento, que está trastocando la cotidianeidad y que además provoca mucho temor. Marisol tenía cuatro años para el golpe y se acuerda que en la población donde vivía en Pudahuel, 'la gente andaba como loca para ese día, que ella no entendía nada, que su mamá lloraba y que la gente estaba asustada'. Doris, su hermana de seis años también veía a su mamá llorar, pero preguntaba y la respuesta era 'no pasa nada hija' y todos lloraban. Entonces Doris se imaginaba que había un terremoto, un temblor fuerte porque esa era la sensación que vivía. O que se había caído un avión- porque en algún momento eso le dijeron- y los militares las estaban cuidando a ella y a sus hermanas, pero esa explicación no le daba claridad de por qué los balazos y por qué debían esconderse todas las noches en una pieza chica para dormir.

El miedo estaba unido al silenciamiento, irse temprano a dormir, 'shhh', no hablar fuerte para que los 'milicos' no escuchen. Doris y Marisol recuerdan: 'Dormimos todos en la pieza chiquitita (...) y yo creo que como las siete de la tarde ya estábamos escondidas ahí en la pieza, y todo a oscura, no podíamos meter bulla, todo calladito lo hacíamos; mi mamá nos daba comida calladitas, decía por favor no hablen, no lloren, no griten, nada...' (Entrevista a Doris y Marisol Pacheco, Santiago, 28 de agosto 2008).

A la experiencia directa, a lo sobredimensionado del factor sensorial y a la imaginación, se unían la angustia y el miedo dibujado en las caras de los adultos, en sus actitudes poco asertivas frente a situaciones inéditas sobre las cuales no había demasiados recursos a los cuales echar mano. Y a ello se sumaba que la represión era arbitraria, inesperada, no respondía a un patrón conocido, no se conocían sus límites. A propósito de experiencias de represión, Bruno Bettelheim ha reflexionado sobre la arbitrariedad con la que la Gestapo actuaba en los campos de concentración nazi, lo cual provocaba un terror muy eficaz, dado que era imposible saber por qué a un prisionero lo liberaban, en tanto a otro de las mismas características lo dejaban ahí hasta el final de sus días (Bettelheim, 1979). Daniela tenía once años en 1985 cuando secuestraron a José Manuel Parada y Manuel Guerrero del Colegio Latinoamericano de Integración, donde ella estudiaba y donde era compañera de curso y amiga de Javiera Parada.

Días después los dos profesionales comunistas fueron encontrados degollados junto a Santiago Nattino en Quilicura. Daniela recuerda el miedo, el temor, la angustia, pero lo que más llama la atención es su recuerdo del temor a la pérdida de los límites; ‘las cosas más atroces podían ser’ rememora, ‘y no había mucho que uno pudiera hacer que impidiera eso, tu suerte no estaba puesta en ti, sino en otro, el poder es de otro’ (Entrevista a Daniela Zenteno, Santiago, 21 de septiembre 2008).

Para los niños y niñas entrevistados, la amenaza y el miedo fueron experiencias concretas, en algunos casos marcaron un evento difícil de borrar de la memoria, en otros fueron experiencias cotidianas, aceptadas por la fuerza de la costumbre. ¿Hicieron estas vivencias a los niños más vulnerables?, ¿Caló el miedo en su identidad articulando su condición en el mundo, su vida futura y las formas en que se relacionarían con los otros?

Andrea tenía dos años para el golpe; su familia era de izquierda y vivía en un barrio residencial de Las Condes. Andrea me cuenta:

‘Es bien raro porque, a mí me gustó mucho mi niñez a pesar de todo. Yo tuve una niñez *super feliz, super, super feliz*. Creo que uno se va forjando, va creciendo de acuerdo a la historia que le toca vivir. Siento que igual no tuve una historia infeliz, porque nadie de mi familia se murió, ni desapareció, ni se fue al exilio’ (Entrevista a Andrea Ubal, Santiago, 7 de julio 2008).

Sin embargo, Andrea recuerda los bombardeos de Tomás Moro abrazándose a la *guata* de su mamá que estaba embarazada, recuerda la angustia de sus padres por la desaparición y prisión de muchos de sus amigos, recuerda la tensión de su padre por no poder volver al trabajo por tres meses, recuerda haber callado cuando un ‘tío’ debió esconderse en su casa guardando el secreto como una adulta y recuerda diversos momentos en que vivió el silenciamiento. Por ejemplo, cuando cantó en el supermercado ‘El pueblo unido jamás será vencido’ sólo días después del golpe, y su mamá debió hacerla callar; o en múltiples momentos en que debido al colegio al que asistía debió hacer una clara separación entre el espacio público y el espacio privado, ya que no todos pensaban como ella y su familia.

Así como ella, la mayoría de los entrevistados recuerdan su niñez como un tiempo feliz, al menos no triste. Sabemos -nos lo ha confirmado la reflexión en torno a la historia oral y

sobre todo a las historias de vida- que las personas cuando se refieren a sus experiencias personales tienden a otorgarle un sentido y una coherencia a sus vidas, que no necesariamente son las de la vida misma; hay un rescate de lo positivo y un olvido tal vez intencional de lo negativo. Pero en nuestros entrevistados no hay demasiado olvido intencional, hay un traslape de experiencias de temor y amenaza con otras llenas de alegría, de vitalidad, de felicidad. Se trata de los juegos infantiles.

Los juegos

Los niños siguieron jugando con posterioridad al golpe: en las casas cuando había toque de queda y luego, paradójicamente la calle siguió siendo el espacio por excelencia destinado a los juegos infantiles. Había temor en algunos padres -en la clase media se restringió más- pero en las poblaciones, probablemente porque los espacios eran pequeños y las familias numerosas, la calle ‘se tomaba’. La represión fue sin lugar a dudas distinta para los niños de clase media que para los niños de sectores populares. No nos estamos refiriendo por supuesto a quienes sufrieron represión directa, como la desaparición o muerte de un familiar directo o la experiencia de la tortura. Pero los juegos -con algunos matices- tuvieron todos el mismo sello: eran en patota, eran de pandillas, eran de la calle; más *pelusones* como dicen los entrevistados de las poblaciones, tal vez menos *pelusones* en la clase media. Se juegan los tradicionales: la *payaya*, las bolitas, a la pelota los niños hombres, a encumbrar volantines en septiembre; se juega al *tombo*, al caballito de bronce, a las naciones, a la escondida, al pillarse y de ahí se va sumando el ingenio y la creatividad de los niños. Son múltiples los juegos, daría para un trabajo aparte. Doris y Marisol recuerdan su infancia junto a sus otras dos hermanas:

‘Como era una población no habían calles pavimentadas ¿Qué hacíamos nosotras? Pozas de barro y ahí jugábamos, nos embarrábamos enteras (...) me acuerdo que teníamos gallinas y nosotras bañábamos a las gallinas (...) me acuerdo una vez que jugamos a los indios y ¿adivina qué hicimos? una fogata debajo de la mesa (...) nos íbamos a Santa Rosa donde mi abuelita a jugar (...) (íbamos) a buscar cuestiones a la línea del tren, y caminábamos y era una línea larga (...) encontrábamos juguetes, joyas, que (...) eran una tontera pero para nosotras, llegabas a la casa y decías: ¡mira, me encontré esto de oro!’ (Entrevista a Doris y Marisol Pacheco citada).

¿Trauma?

El sentido común, podría indicarnos que muchos de los personajes entrevistados se vieron enfrentados a situaciones que se podrían calificar de traumáticas, pero lo cierto es que sus vidas no están marcadas por el trauma. ¿Cómo se explica esto? En primer lugar, siguiendo a Boris Cyrulnik, a propósito del trauma individual: ‘No podemos hablar de situación traumática más que si ha habido fractura, es decir, sólo en el caso de que una sorpresa con proporciones de cataclismo – o de carácter, en ocasiones, insidioso- sumerja al sujeto, lo zarandee y lo embarque en un torrente, en una dirección que hubiera preferido no tomar’ (Cyrulnik, 2003:33). En segundo lugar, debemos recordar que para algunos autores -Ferenczi, Winnicott, Storolow- el trauma sólo se produce cuando no hay una reacción del medio, que refleje y reconozca la conmoción producida. Específicamente, a propósito de los niños, Ferenczi señala:

‘Los grados de incompreensión de de los adultos frente a los efectos de la conmoción podrían expresarse en un ‘silencio de muerte’ que induciría a los niños a comportarse de igual manera, negando lo ocurrido y sus efectos’ (Ferenczi, 1931:285)

Los niños y niñas de nuestra muestra vivieron ciertos eventos horrorosos; no se puede decir otra cosa de lo que significó para una niña de once años ver como su tío José Manuel Parada era secuestrado y luego saber que lo encontraron degollado. Pero a pesar de hechos de este tipo vividos, para los niños no hubo una fractura significativa que modificara sus vidas por completo, que las trastornara, porque no hubo muerte y desaparición de un familiar del círculo más íntimo, pero además porque hubo una respuesta del medio. No de la sociedad en su conjunto, pero si de la familia, de los pares, de quienes compartían el ideario político de la familia, es decir del medio cercano. Tal vez no hubo demasiada verbalización, pero sí contención, sí apoyo, lo que permitió a estos niños y niñas seguir adelante con sus vidas haciendo una suerte de integración entre las experiencias horribles que provenían del contexto político y la experiencia acogedora de la familia, de la calle que permitía la libertad, el juego creativo entre pares, el escape de la rutinización y del disciplinamiento de la dictadura. Cuando le pregunté a Daniela Zenteno cuál sería el gesto que describiría el periodo de su niñez, contestó: ‘Un abrazo de mi mamá’, María Graciela por su parte no habló de los temores de la infancia con sus padres, pero recuerda: ‘Sabía que podía contar con ellos y me protegían a mi, siempre lo tuve más que claro, y siempre tuve hermanos mayores que me protegían, no me sentía desamparada’ (Entrevista a María Graciela citada).

Los niños entonces lograron significar la experiencia, darle sentido, representarla, aunque fuera a través de fragmentos de información, entrelazados a cuotas de imaginación y a cuotas importantes de contención y protección de los adultos a su cargo.

Reflexión en torno a la memoria social de la dictadura: los niños, los adultos, la sociedad toda

No hay al parecer trauma individual en nuestros niños y niñas de la muestra, pero ¿qué ocurrió a nivel societal? Desde las ciencias sociales se considera que el golpe de estado en Chile produjo la fractura más profunda que ha experimentado nuestro país en el siglo XX. Norbert Lechner y Pedro Guell- citando otros estudios señalan que ‘el 11 de septiembre es vivido por los chilenos como una ruptura que- tanto en la vida personal como en la del país- marcan un corte tajante entre antes y después. La irrupción (justificadora o acusadora) del golpe varía, pero tiende a entenderlo como una irrupción que trastoca todo.’ (Lechner y Guell, 2006: 30). A lo que hacen alusión los autores es al trauma social o cultural, como lo han definido otros especialistas, ese trauma que se instala en la sociedad en su conjunto, que tiene que ver con el miedo, con la desconfianza hacia el otro, con la pérdida del sentido de comunidad en tanto chilenos, con la polarización, es decir con la atribución de sentido que la sociedad le otorga a las experiencias vividas post golpe. Experiencias que tienen que ver con la creación de un clima psicológico destinado a provocar angustia y miedo. ¿Qué otra cosa es sino el ruido de los aviones o los helicópteros volando bajo en las poblaciones o barrios residenciales, que un general de la dictadura ha reconocido como un efecto amedrentador que permanecería en la mentalidad de los chilenos por largo tiempo? Estamos frente a un miedo colectivo, a la amenaza generalizada que surge de los aparatos de seguridad del régimen dictatorial. Elizabeth Lira señala, a propósito de esto:

El miedo se genera en la subjetividad de sujetos concretos, y como tal es una experiencia privada y socialmente invisible. Sin embargo, cuando miles de sujetos son amenazados simultáneamente dentro de un determinado régimen político, la amenaza y el miedo caracterizan las relaciones sociales, incidiendo sobre la conciencia y la conducta de los sujetos. La vida cotidiana se transforma. El ser humano se hace vulnerable (Lira, 1991: 8).

Y aquí es donde queremos reflexionar un poco en torno a los testimonios, porque si bien la vida continuó para estos niños y niñas, y trajo cuotas importantes de felicidad, al interior familias contenedoras y estructuradas, la vida se modificó probablemente en forma inconsciente para muchos de aquéllos y aquéllas -que dicho sea de paso maduraron tempranamente en su adolescencia sobre todo en lo que dice relación con la política. El miedo por ejemplo, se instaló para quedarse. ¿Cómo se explica sino que Emilio hoy a sus 48 años sienta terror frente a un carabinero, terror percibido por sus hijas y transmitido inconscientemente a una de ellas?³ O que Daniela para la última conmemoración del 11 de septiembre cuando el centro de Santiago estaba lleno de militares vestidos con trajes de guerra, no se sintiera cómoda, sintiera miedo también.⁴ O que Mario al leer el Informe Valech donde aparece su padre, o al trabajar en cursos de percepción en la escuela de teatro de la UC y escuchar testimonios de horror, la rabia y el miedo se reediten en él. O que Leonardo, recordando el ruido de los aviones y helicópteros que hacían su vuelo rasante, de manera tangencial mencione: ‘quizá a uno le daban miedo los aviones, el ruido de los aviones, quizás todavía me da, algo tengo con los aviones que me cuesta desentrañar’ (Entrevista a Leonardo Fernández citada).

Como sociedad no hemos trabajado la memoria dolorosa, fracturante, lacerante muchas veces, de nuestro pasado reciente y nuestros niños y niñas de la muestra no escapan a ello. Se impuso el silencio en el momento de la niñez y ha permanecido hasta un presente en que no se dibuja un camino posible de comunicación de las memorias dolorosas. La memoria –ya no me atrevería a decir traumática- pero sí lacerante, sufriente de nuestra historia reciente se ha transformado en nuestro Chile actual, en una memoria débil, como diría Enzo Traverso (Traverso, 2007). A propósito de la evocación de la memoria dolorosa, Daniela reflexionaba en torno al secuestro de José Manuel Parada y Manuel Guerrero después de un largo silencio: ‘me pasa que mientras conversábamos había hartos recuerdos que no hacía hace mucho tiempo, creo que también hay una parte de mí que intenta no remover mucho recuerdo y me doy cuenta ahora que conversamos. Me pasa que tengo al momento de ir a esa época imágenes y sentimientos asociados, pero hay otras que están *super* borradas, que creo que tiene que ver con mecanismos de sobrevivencia porque son *re* fuertes’ (Entrevista a Daniela Zenteno citada). De hecho Daniela puede describir con detalles asombrosos el día del secuestro, pero luego la memoria de desdibuja y termina por borrarse.

³ Entrevista a Emilio Soto, Santiago, 12 de septiembre 2008.

⁴ Entrevista a Daniela Zenteno citada.

Roberto, por su parte, recuerda haber visto los cadáveres en la calle -unos diez calculaba- pero cuando le pregunto por lo que sintió, me contesta que no tiene recuerdos de sus sentimientos⁵. Mario a su vez, cuenta que su padre vino a hablar de su experiencia como prisionero del campamento de Chacabuco sólo cuando salió nombrado en el informe Valech el año 2004 y tuvo el documento en sus manos. Entonces contó, pero no habló de la tortura y nadie tampoco le preguntó⁶. Individualmente los seres humanos tienen su propio tiempo, en el cual pueden verbalizar, comunicar, contar a otros, tiempo que depende mucho además de que exista otro que quiera escuchar. Jorge Semprún, por ejemplo, si bien escribió sobre su detención en el campo de Buchenwald- sólo se refirió a la vida cotidiana en dicho campo de concentración cincuenta años después de haber salido de él (Jelin, 2006). Pero como sociedad, ¿estamos haciéndonos cargos de nuestras memorias lacerantes, puede que no traumáticas para todos, pero que han dejado huella en la forma en que nos comportamos como sociedad?

Los niños y niñas de nuestra muestra pudieron hablar de lo que les ocurrió en dictadura, no siempre encontraron respuestas pero lograron significar la experiencia; sin embargo quedaron muchas zonas oscuras, desdibujadas, ¿reprimidas? en la memoria. Queda la sensación después de leer los testimonios que hay memorias asfixiadas, borradas, sepultadas, en tanto hay unas pocas que han sido más procesadas y trabajadas. Hoy esos niños y niñas son adultos y yo me pregunto si no han estado sometidos al silenciamiento, a la obligación de callar, al no encontrar oídos para escuchar. La memoria es por definición dinámica y va resignificando los hechos acaecidos a través del tiempo, pero ¿cuáles son los espacios y cuáles los oídos necesarios que una sociedad debiera proveer para permitir el dinamismo y el encuentro de memorias tan ocultas como la de los niños de la dictadura? ¿Cuál es el espacio y el tiempo para que la resignificación que esos niños y niñas otorgan a sus experiencias hoy en el año 2008, salgan a la luz y dialoguen con las memorias fuertes, con las memorias antagónicas, con las memorias paralelas? Termino parafraseando a Dori Laub, quien nos recuerda que: ‘el no contar la experiencia sirve para perpetuar su tiranía’ (Laub, 1992: 79).

⁵ Entrevista a Roberto Jofré citada.

⁶ Entrevista a Mario Costa, Santiago, 12 de agosto 2008.

Bibliografía

Bettelheim, Bruno, (1979), *Sobrevivir*, Bs. As., Argentina, Ed. Gárnica, en: Lira, Elizabeth, (1991), *Psicología de la Amenaza política y del miedo*, www.dinarte.es/salud.../pdfs/Lira%20E%20%20Psicologia%20de%20la%20Amenaza%20P, consultada el 10 de noviembre 2008.

Cyrulnik, Boris (2003), *El murmullo de los fantasmas*, Barcelona, España, Gedisa Editorial.

Ferenczi, S. (1934), citado en: Margarita Díaz, Efectos traumáticos de la Represión Política en Chile: Una experiencia clínica, En: *Revista Virtual ILAS n° 4. Intersubjetividad y memoria. Reflexiones sobre los efectos de la entrega del Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura*, www.ilas.cl/articulos/ilas_4/art_8.DOC, consultada el 10 de agosto 2008.

Jelin, Elizabeth (2006), La narrativa personal de lo ‘invivable’, en: Carnovale Vera, Lorenz Federico y Pittaluga Roberto (comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*, Argentina, CeDInCi Editores.

Laub, Dori, (1992), An Event without a Witness: Truth, testimony and Survival, en: Felman, Shosana y Laub, Dori *Testimony. Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*, Nueva York, Routledge.

Lechner, Norbert y Guell, Pedro (2006), Construcción social de las memorias en la transición chilena, en: Elizabeth Jelin y Susana G. Kaufman (comps.) *Subjetividad y figuras de la memoria*, volumen 12, Memorias de la Represión, Argentina, Ed. Siglo XXI.

Lira, Elizabeth, (1991), *Psicología de la Amenaza política y del miedo*, www.dinarte.es/salud.../pdfs/Lira%20E%20%20Psicologia%20de%20la%20Amenaza%20P, consultada el 10 de noviembre 2008.

Salazar, Gabriel y Pinto, Julio (1999) *Historia Contemporánea de Chile, Actores, identidad y movimiento*, II, Santiago de Chile, LOM.

Traverso, Enzo (2007), *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales S.A.

Santiago, Junio 2009

Nancy Nicholls Lopeandía